

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—Doña María de Albama (conclusion), por don Carlos Frontaura.—El Vino y la Coqueta (Cancion de Berenger), por don J. A. Viedma.—Cristóbal Colon (continuacion), por don Florencio Janer.—Modas.—GRABADO: Pliego de Dibujos.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ANA.

CONSIDERACIONES.—SAMUEL CONSAGRADO Á DIOS.—SU CELEBRIDAD.—PIEDAD DE ANA.—LA PYTHONISA DE EUDOR.—SIBILAS Y PYTHIAS.—SAUL.—PROFECIA.—MUERTE DE SAUL Y DE SUS TRES HIJOS.



ANA, madre de Samuel, fruto de su piedad y recompensa de su fé, nos sirve de ejemplo para lo que han repetido hasta la saciedad eminentes escritores: esto es, que la mayor parte de los hombres ilustres deben mucho á sus madres; pudiendo decir lo que Napo-

leon se complacia en repetir; que debia á su madre su prodigiosa elevacion, queriendo manifestar que á ella era deudor de su génio.

Velando las madres por nuestra conservacion, imponiéndose toda clase de privaciones por nuestro bien, no han acabado su ímproba tarea de cuidar nuestra cuna, de atender á nuestro fisico, cuando empiezan á observar nuestra inteligencia, á desarrollar nuestro espíritu.

Con tierna y amorosa solicitud guian nuestros pasos y nuestra mente, alimentan nuestro cuerpo y

nuestra alma, y dirijen los impulsos de nuestro corazon. Así como corrigen las primeras palabras, corrigen los primeros pensamientos, las primeras acciones. Basta solo á las madres muchas veces la inspiracion de su amor maternal: inspiradas por él, saben mejor que nadie interesar al cielo en el porvenir de sus hijos, porque Dios que ha dado al mundo el precepto y el ejemplo del sacrificio, glorifica lo que ellas han consagrado por sus angustias, sus esperanzas y sus plegarias; y árbitro soberano, cubre á su voluntad nuestros destinos de oscuridad ó de brillo.

Enséñanos la historia de Ana, que nada es mas propio á hacer comprender y amar estas doctrinas, que esa misma historia de la madre de Samuel.

Mujer verdaderamente piadosa, se muestra sufrida y dulce en sus penas; pone su sincera confianza en Dios, que fortifica el valor y atiende los ruegos de sus servidores; vela sobre la infancia de su hijo con esos cuidados tan atentos y delicados con que se guarda un tesoro confiado por un dueño respetado, con que se alimentan las puras y queridas afecciones.

Bajo la égida del Señor, la juventud de Samuel se libra de las tentaciones del mal: florece en virtudes, y embalsama con sus perfumes la tierra de israel: despues siendo hombre, Samuel es el jefe del pueblo, juez de Saul, protector de David, y uno de los mas grandes profetas.

Así deberian los padres preparar el porvenir de su posteridad, marchando por el camino de la religion, que es de la felicidad y el de la gloria; porque las ideas religiosas elevan el espíritu, dilatan el corazon, colocan al hombre en la natural condicion del mérito, dan la inteligencia y el valor del deber, aseguran la conservacion del órden, protegiendo el ejercicio de la autoridad por la salvaguardia del honor y de la obe-

diencia. Considerando esto bajo el punto de vista de los intereses temporales de las naciones, ¿quién sabe sino se podría á fuerza de virtudes hacer fluctuar el carácter y aun vencerle, ó mejor aun, la virtud no sería uno de los orígenes de nuestra indole?

Habita Ana en Ramatha, en Efrain, casada con Elcana, que tenia ademas otra esposa, la cual se consideraba feliz por tener hijos, y Ana lloraba como Sara su esterilidad. Oye Dios sus ruegos, y al hijo que forma la felicidad de Ana se le llama Samuel. Llena de reconocimiento hácia el Señor, y de amor y de alegría por su hijo, le dedica á Dios por medio del sacerdote Helí, y entona un canto, sublime por su sencillez, enérgico por la sinceridad de los pensamientos, poético por la naturalidad de las palabras.

Ana deja á Samuel en Sijó, para servir á Dios, á las órdenes del Sumo Sacerdote. No habia mayor sacrificio para Ana que desprenderse de su hijo, que tantas plegarias y lágrimas le costára, y que ahora, á las angustias de la esperanza, iban á suceder las inquietudes que nacen de una separacion dolorosa. Pero Ana lo consideraba como un bien para Dios y para su hijo, y dejan en este caso de ser sacrificios los que hacen las madres.

Los frutos de este sacrificio fueron inmensos. Samuel llenó el mundo con su nombre y con su gloria. Véase la Sagrada Escritura, ábranse los magníficos libros de los Jueces, y se verá resplandecer la gloria de Samuel colocado á la cabeza del pueblo israelita.

«Hijo de la plegaria y consagrado á Dios, aun antes de nacer, acaba piadosamente una vida comenzada bajo tan religiosos auspicios. Hombre superior, se muestra modesto sin debilidad y firme sin dureza: los reyes le escucharon con respeto, y su voz conservó su imperio hasta sobre el pueblo agitado por espíritu de innovacion. Político hábil, reformó el Estado é hizo florecer la religion, primera garantía del orden: político honrado, no busca en la virtud un contrapeso á la licencia, y pudo retar á sus conciudadanos á que señalaran en su vida y en sus juicios nada de reprehensible.

»Tal fué Samuel; y si debe ser nombrado el ejemplo de los príncipes por sus bellas cualidades, su madre debe ser nombrada el ejemplo de las madres por su religiosa ternura: habrá hijos como Samuel, si hay madres que imiten la piedad de Ana.»

La *Pythonisa de Eudor*, fué como Débora, profetisa de grandes acontecimientos, de trágicas muertes.

Saul fué ungido por Samuel, y en su poderío se distinguió la Pythonisa.

Los paganos, faltos del conocimiento del verdadero Dios, rendian idólatra culto á la adivinacion.

Presagiaban sobre el vuelo ó el canto de un ave, sobre las estrellas, sobre las humeantes entrañas de las víctimas, y sobre todo cuanto podia parecer misterioso y alentar la supersticion. Los que á ella se dedicaban, vivian primeramente aislados, pero eran venerados y temidos, y los que empezaron habitando chozas y cavernas, acabaron por tener palacios y templos, como el de Delfos.

A pesar de que abatian á la mujer las naciones paganas, la confiaban muchas funciones distinguidas, y sobre todas, el cuidado de anunciar el porvenir. Su naturaleza, en efecto, las hace especiales para estos papeles, en los que se reproduce con éxito lo maravilloso. Colocadas bajo la influencia dominante del sistema nervioso, su vida está llena de impresiones; una estrema sensibilidad de órganos, determina la movilidad de su imaginacion ardiente: los medios extraordinarios la lisonjean y la escitan; y cuanto mas susceptible es de entusiasmo, menos sabe defenderse contra sus propias ilusiones, y puede servir mejor á las ilusiones y á los cálculos de otros.

Llamábanse Sibilas ó Pythias las mujeres que en la antigüedad idólatra tenian la mision de revelar lo futuro, de pronunciar oráculos como entonces se decia. Pero hay su distincion entre estas clases: las sibilas abarcaban la estension de los siglos y los destinos de los pueblos, y la mision de las pythionisas se limitaba á tiempos y hechos determinados por el dios Apolo, el matador de la serpiente Python, que desolaba la tierra, cuya piel colocada en el templo de Delfos, cubria el trípode ó tres piés donde aquella especie de sacerdotisas se sentaban para recibir la inspiracion y pronunciar sus oráculos, debiendo á esto el nombre de pythias ó pithionisas.

El ascendiente que estos falsos profetas adquirieron en aquellas naciones preocupadas y supersticiosas, fueron causa de que algunos reyes prudentes se declararan contra ellos, como lo hizo Saul, que los consideró como una raza funesta. Mas no tardó en olvidar esto, y hallándose al frente de sus enemigos quiso consultar el oráculo, y como persiguiera á los adivinos, y no habia respetado mas que á las mujeres, mandó buscar á una pythonisa para consultarla, y sabiendo que la habia en Eudor, marchó allí con dos oficiales.

Preséntase Saul á la pythonisa, evoca ésta la sombra de Samuel, y se aparece para pronunciar aquellas fatídicas palabras, que por desgracia de Saul se cumplieron. Saul pega su rostro al suelo, la pythonisa se asombra de su misma obra, Samuel profetiza, y los oficiales que acompañan á Saul, ni aun explicarse pueden lo que ven.

Tan magnífica escena la contempló Madrid en la exposición de pinturas de 1852 (1), y la hemos contemplado en el Museo del *Louvre*, sobresaliendo en el lienzo de Salvator Rosa la terrible energía del mismo asunto.

Compadecida la pythonisa de Saul, le da un poco de pan para que recupere sus fuerzas, y vuelva á su campamento.

Las palabras de la pythonisa se cumplieron. En la batalla que dieron los filisteos, triunfaron, y Saul y sus tres hijos perecieron. Antes, herido ya Saul, pide á su escudero le atraviese con su espada, y no consiguiéndolo se atraviesa él mismo.

Su corona pasó á David, cuyo período comprendiéramos al tratar de Michol y Abigail, sus mujeres.

El triunfo de la ciencia de la pythonisa no elevó á sus iniciados, ni la de Eudor volvió á figurar en la historia. Sirvió como uno de esos instrumentos que se rompen despues de su uso, porque es triste su recuerdo, y no enaltecería David á la pythonisa cuando tantas lágrimas le costára la muerte de Saul y de sus hijos, que le inspiraron uno de sus mas bellísimos y poéticos cantos.

A. PIRALA.

LITERATURA.

DOÑA MARÍA DE ALHAMA.

(Conclusion.)

Zaida, aterrorizada por la siniestra entonacion de las palabras de Alide, y por la cólera que se pintaba en el hermoso semblante de aquella ardiente africana, corrió confusa, cual tímido cordero que vé asomar entre el musgo la cabeza brillante de la serpiente, hácia la puertecilla del rico aposento; pero Alide se interpuso, y obligándola á volver á sentarse, continuó:

—No! no te vayas!... Seria en vano: estamos solas, y no hay poder humano que te proteja.

La niña temblaba, en tanto que Alide, en pié delante de ella, decia:

—Tu padre no está en el castillo; está lejos de aquí.... Y cuando vuelva....

—Me estás matando, Alide, se arriesgó á decir la hija del alcaide de Alhama.

(1) Cuadro pintado por el señor Montañes, uno de nuestros jóvenes pensionados en Roma.

—No! no temas; no quiero matarte; esa venganza no seria digna de mí. Quiero hacer contigo lo que hizo conmigo tu padre.

—Mi padre!

—Tu padre, sí!

A este punto llegaban de su estraña conversacion aquellas dos mujeres, cuando se oyó ruido de pasos precipitados, voces y gritos ininteligibles, y el rechinar de los goznes de las puertas que conducian á la parte baja del castillo.

Y en el aposento de Zaida dos gritos se confundieron en uno.

Espresaba el uno el terror de la cándida niña, y el otro la satisfaccion, el regocijo de la africana.

Zaida temblaba como la hoja en el árbol en día de tormenta, y Alide fijaba en ella la imponente, la aterradora mirada, al mismo tiempo que una sonrisa verdaderamente infernal se dibujaba en sus abultados lábios.

—No acabo de decirte que tiempo llegaría en que supieras la causa de mi odio profundo y de mi implacable venganza?....

Nada contestó Zaida á este apóstrofe.

—Ese tiempo ha llegado, continuó la africana.

—Ha llegado! repitió la niña, y, como la rosa que plega sus hojas al sentirse húmeda por la brisa, mensajera de la tempestad que ha de matarla, así la inocente juntó sus manos, y sobre ellas inclinó la frente. Como las flores presienten la tormenta, así Zaida presentía un terrible golpe.

Alide continuó:

—En otro tiempo tu padre era un miserable, y el mio le tendió una mano protectora, franca y leal. Tu padre finjió amistad al mio, y así logró que no tuviera éste secretos para él.... Alá maldiga á tu padre y á tí!

Zaida apenas oía las palabras de Alide. El rumor de las armas al chocar unas con otras, los gritos salvajes de los moros que guarnecian el castillo, y dolorosos y prolongados ayes, sin duda de los que eran heridos en la refriega, llegaban en estraña confusion á sus oidos.

—Ya estoy vengada! continuó diciendo la africana. Oh! y á fé que mi venganza es digna del agravio!—Mi padre fué muerto por los cristianos, porque el tuyo le entregó.... Y hoy, que tu padre no está en el castillo, y sus defensores huirán cobardes, si él no los alienta, yo entrego el castillo á los cristianos. Tu padre, que era miserable, robó á mi padre sus tesoros, porque era rico, muy rico.... Había amontonado oro y perlas para mí, para la hija de su amor.... Oh! qué placer siento ahora que empiezo á gustar mi venganza.... Venganza generosa!.... Sí; porque yo debía recobrar mis riquezas, que son las que tu padre poseé..... y no las quiero.... Las

desprecio.... Tú y mis riquezas sereis de los cristianos.... Y la esclava será libre, sí, libre!. Y cuando se asegure de que su venganza está cumplida, irá á decir á su padre, que muerto mora en el fondo de la mar:—« Padre mio, vuestro amigo os arrebató vuestra hija, vuestros tesoros y vuestra vida, y yo acabo de entregar su hija y sus tesoros á un airado, indomable enemigo. Ya no tiene ni hija, ni riquezas, ni honra.... Los suyos le maldecirán, porque el castillo de Alhama confiado á su guarda, ha sido saqueado, destruido por los implacables caudillos del Nazareno.... Y sin hogar, y sin apoyo, se arrastrará á los piés del mas infame de los hijos de Alá.... Y no habrá para él ni piedad, ni amparo.... Y cuando muera, su hediondo cadáver insepulto, será pasto de las aves siniestras y reptiles venenosos.»

La inocente hija del alcaide continuaba inmóvil, y sin osar poner la mirada en su verdugo, ni moverse de aquel sitio.

Y oíanse mas distintamente las voces de victoria de los soldados de Martin Galindo.

Alide continuó:

—Oyes, Zaida?... Ya la hueste enemiga es dueña del castillo.... Y todo es obra mia.... Yo anuncié al cristiano la ausencia de tu padre!.... Alá ha protegido mi venganza! Alá es justo!....

Zaida se sentia morir.

En aquel momento la puertecilla del aposento se abrió violentamente, y por ella entraron despavoridas las cinco esclavas de la hija del alcaide, huyendo de la soldadesca, que, una vez dentro de la fortaleza, habia empezado á gozar de la victoria, matando y saqueando.

De rodillas á los piés de su señora cayeron aquellas cinco mujeres, en tanto que Alide á la punta de la estancia, gritaba:

—A mí, los cristianos!.... Venid! aquí está la hija del alcaide de Alhama! la reina de la hermosura! la poderosa señora!....

Y atraídos por la convulsa, terrible voz de la africana, algunos peones que se hallaban á la sazón en la galería que conducia á la estancia de la perla de Alhama, iban á traspasar la puerta, cuando un guerrero apuesto que venia, desordenada la armadura y con el terrible acero en la mano, les gritó:

Atrás, canalla! Guay de aquel que ponga la huella en ese aposento!

Y los peones inmóviles abrieron paso á aquel hombre, que no era otro que el alférez Pimentel.

III.

Entró el jóven, y las tímidas esclavas lanzaron un grito de horror.

—Nada temais, les dijo.—Un caballero cristiano es siempre generoso....

Alide hizo un gesto de cólera, y desplomó una fática mirada sobre Pimentel.

—Oye, le dijo; quien quiera que seas, has de ayudarme á cumplir mi venganza. ¿Ves esa mujer que ahí yace dominada por el terror? añadió señalando á Zaida; esa es la hija del alcaide de Alhama.... y yo por vengarme de ese hombre, que destruyó mi felicidad y me hizo su esclava, he entregado á mis enemigos el castillo, de que era guardador.... Mira, qué hermosa es!... Yo te la doy.... Llévala á ser esclava del rey cristiano.... Si lo haces, yo te daré los tesoros que guarda su padre.... Riquezas mias que él me arrebató.... Y yo seré tu esclava, sí, tu esclava mas humilde!...

Asombrado quedó el buen caballero de las palabras de Alide, y mucho mas cuando acercándose á Zaida, vió en el rostro de la pobre niña, pálido como los pristinos rayos de la aurora, retratada la inocencia mas pura y la belleza mas fascinadora.

—¿Y tú eres enemiga de tu señora?... dijo á la africana.

—Si no lo fuera, ¿os hallaríais tú y los tuyos en el castillo de Alhama?...

Y las cinco esclavas, al mismo tiempo que dirigian suplicantes miradas á Pimentel, se estrechaban, como si quisieran cubrir con los suyos el cuerpo de su señora.

—Y es cierto que el alcaide de Alhama te ofendió?... volvió á preguntar el caballero.

—Quien como yo tiene sangre noble en las venas, no miente! contestó la terrible africana.

—¿Y no satisface tu venganza haber arrebatado á tu enemigo esta fortaleza, y con ella la honra?

—No! Quiero herirle en la honra y en el corazon. Y si no me ayudas en mi venganza, si no te llevas á esa mujer, si quieres devolver la hija al padre, yo sola, yo me vengaré.

Y poniéndose de un salto cerca de su señora, sacó del pecho una pequeña daga, que hubiera hundido en el seno de la niña, si la mano de hierro de Pimentel no hubiese sujetado su brazo.

Las esclavas lanzaron un agudo grito, á tiempo que la africana, ahogando un rugido semejante al de una leona que se ve presa en artero lazo, cayó sobre el pavimento, violentamente empujada por el alférez.

Un minuto despues, éste llevando en sus brazos á la perla de Alhama, y seguido de las cinco tímidas esclavas, cruzaba la galería, saltando por cima de los cadáveres de los moros, que habian muerto en la de-

fensa del castillo, ó degollados despues por los vencedores.

Y los peones, á quienes poco antes la voz del alférez alejara de la galeria, se precipitaron en ella, ávidos, no ya de encontrar á las mujeres del castillo, porque todas seguian á Pimentel, y esto les hacia presumir que él se interesaba en su defensa, sino de saquear el aposento de la hija del alcaide, único de la fortaleza que no habian visitado.

El que primero puso la planta en la perfumada estancia retrocedió con espanto al ver alzarse una sombra que cubrió un momento el hueco de la ojiva ventana, y desapareció despues.

Era Alide, cuyo cadáver horriblemente destrozado se encontró á la mañana siguiente al pié de la muralla.

IV.

Dos días despues en un retirado aposento del castillo, bendecido por un ministro del Dios de la paz, y delante de Martin Galindo, Ortega del Prado, y doscientos treinta soldados cristianos, pues los restantes habian perecido la noche de la sorpresa.—Zaida, la hermosa, la inocente, recibia el agua del bautismo. El alférez Pimentel, su salvador, se hallaba á su lado, mirándola triste y amorosamente.

El alférez habia explicado á Zaida cómo Dios era quien la terrible noche del 28 de Febrero del año 1482 habia salvado su inocencia de la venganza de Alide, y la cándida hija del alcaide, obedeciendo á los impulsos de su corazon, que era todo del apuesto y generoso jóven, quiso adorar á aquel Dios que no conocia, pero que su pensamiento adivinaba.

Y al ver una imágen de la Reina de los Angeles, que Pimentel tenia constantemente en su pecho, precioso recuerdo que su madre le diera al partirse para pelear en pró de la fé del Redentor, la hermosa niña quiso llamarse como la que, segun el alférez le decia, era la protectora de los ejércitos cristianos, y quien habia salvado diez veces su vida en otros tantos combates.

Y Zaida se llamó DOÑA MARIA DE ALHAMA.

Aquella tiernísima escena dicen que obró notable mudanza en el carácter de Martin Galindo, quien dispuso se diese sepultura á los cadáveres de los moros defensores del castillo, y se dejase en libertad á los que en lóbregas mazmorras esperaban temblando la hora de su segura muerte.

Las cinco esclavas de la hija del alcaide de Alhama reconocieron poco tiempo despues la religion del Crucificado.

V.

El dia que siguió al de la felicísima conversion de Zaida, fué de luto para los nuevos dueños del castillo de Alhama.

El alférez Pimentel yacía pálido y desencajado sobre uno de los divanes del aposento que ocupaba Martin Galindo.

—Voy á morir, decia con apagada voz.

—Pero de qué? preguntaba Martin con ansiedad.

—De qué?... repetia tristemente el desgraciado jóven.... Oid, amigo mio; la noche de la sorpresa una esclava de María amenazó con una daga el seno de la inocente; yo me interpuse y la salvé, pero recibí aquí—y señalaba el cuello—un arañazo del arma fatal....

—Bien... y por un arañazo?... interrumpió Martin.

—Sí, amigo mio.... ved qué color va tomando la piel....

—Es verdad!...

—Ved la rigidez que ya me imposibilita de mover las manos....

—Oh! estais envenenado! exclamó con terrible acento el Comendador.

—Sí: la daga lo estaba sin duda.... Y como la herida fué tan poco profunda, el efecto del veneno ha sido mas tardío..... Y María?..... continuó con tembloroso acento el valeroso jóven. Morir, cuando me sonreia la esperanza de ser su esposo!.... Oid, Martin.... despues de mi muerte, cuidad de ese ángel!... Y cuando abandoneis este castillo.... llevadla con vos.... y confiadla á mi madre, á mi buena madre.... Que sea ella quien le devuelva la preciosa reliquia que pende de mi cuello.... Decid á mi madre, que he muerto bendiciendo su nombre... y bendecido de Dios, para quien he ganado el alma de María!.... Pimentel no pudo hablar mas.

Un momento despues, el comendador Martin Galindo anunciaba á sus soldados que el alférez acababa de morir en sus brazos.

Y todos aquellos hombres, indomables en la guerra, á un gesto de Martin, hincaron humildes la rodilla, y oraron al Dios de la misericordia por el alma de su compañero.

Por el atezado y noble rostro de Martin Galindo se deslizaban dos gruesas lágrimas.

Tal vez eran las primeras que se desprendian de sus ojos.

VI.

Doña María supo la muerte de su amante tres dias despues, y juró solemnemente no sucumbir ja-

más al halago de otro amor, por considerar que esto equivaldría á profanar la memoria de su generoso salvador.

Doña María cumplió su juramento. Dedicada al bien, y sostenida por la fé de Jesucristo, y el recuerdo de la noche de 28 de Febrero de 1482, vivió no muchos años.

En cuanto al alcaide moro de Alhama, se cumplió la maldición de la esclava.

Escarneado por los suyos, y despreciado por los cristianos, vejetó á solas con el remordimiento y la vergüenza. La pena fué digna de su crimen.

CARLOS FRONTEIRA.

EL VINO Y LA COQUETA.

Cancion de Berenger.

Hoy la bella caprichosa
cuyo ojos amo y temo,
con su orgullo teje lazos
que yo romperé bebiendo.
Preso en red de frescas vides
no estaré en sus gracias preso.

Nunca alegre coqueta
lea en mi pecho
que abusará si sabe
como yo quiero.

¿Por qué nació tan voluble
con rostro tan hechicero?
Ah!... la Amistad llena el vaso,
bebed, y al licor cantemos:
Ceñidme la sien de yedra
no me venza algun recuerdo.

Nunca gentil coqueta
lea en mi pecho
que abusará si sabe
como yo quiero.

Herid con agudo epigrama
al ser que adoramos ciegos,
estinguid la última llama
de la antorcha en que me quemó,
si ha de ser Baco invencible
su encanto al amor quitemos,

y nunca una coqueta
lea en mi pecho
que abusará si sabe
como yo quiero.

Mas ¡ay! que amor ha esprimido
el licor que ardiente bebo.

Yo amo aun; rueda mi copa,
suspiro y me rio á un tiempo.

Quiero huir, y encadenado
por la embriaguez ya no puedo.

Ya mi gentil coqueta
leyó en mi pecho,
no abusará si sabe
cuánto la quiero!

J. A. VIEDMA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

CRISTÓBAL COLON.

(Continuacion.)

Caminaba ya entonces á su apojeo el reinado de los monarcas católicos. Estinguiase por momentos el imperio de los Alhamares, y cortados de raíz gravísimos abusos que habian mantenido el reino en continuos trastornos, preparábanse para Castilla y Aragon tiempos mejores. Decidióse pues Colon á presentar á los Reyes Católicos su grandioso proyecto, y á este fin pasó á España á fines de 1483, ó principios de 1486, si bien las circunstancias de la guerra de Granada no favorecieron sus intentos.

Introducido en la córte el nuevo aventurero por medio de una carta de un prior de Andalucía para Talavera, confesor de doña Isabel, tuvo que seguirla en sus expediciones militares, hasta que se reunió una junta de hombres doctos en Salamanca para pronunciar su opinion sobre los atrevidos planes del marino genovés. Hasta 1491 no dió su parecer la junta, esto es despues de cinco años de haber llegado Colon á Castilla; pero lejos de serle favorable, declaró irrealizable la idea y de bases quiméricas. Pero el entusiasmo de Colon, las poderosas razones con que demostraba y defendía su gran pensamiento, inclinaron á su favor el ánimo del cardenal Mendoza y del arzobispo de Sevilla, quienes le mantuvieron en la esperanza de que terminada la guerra podrian los reyes examinar por sí mismos sus proyectos.

No era Colon hombre que pudiese esperar los éxitos, siempre dudosos de una guerra, ni mucho menos abandonar la idea que acariciaba en la mente desde su infancia, y que los obstáculos mismos hacian arraigar mas y mas cada día. Dirigióse á los duques de Medinasidonia y de Medinaceli, creyendo acaso que lo que no emprendian los reyes, lo tomarian á su cargo unos magnates tan poderosos como eran am-

bos. Mas todo en valde. Desesperado nuestro navegante, retiróse al convento de la Rábida, al lado de su buen amigo el prior, con decidido intento de abandonar un suelo que no le era propicio, y ofrecer sus servicios al rey de Francia ó á otro monarca que supiese comprender su inmensa importancia. Afortunadamente el prior de la Rábida, mas ilustrado ó mas crédulo que los demas personajes que habian oido á Colon, se interesaba por éste hasta el extremo de creer oportuno de dirigirse él mismo á la córte, y abogar por su causa. En una audiencia que obtuvo de Isabel, inflamó el corazon de esta magnánima reina con la gloriosa perspectiva de mas brillantes dias para su reinado, y entusiasmada, escribe ella misma á Colon invitándole á pasar de nuevo á la córte, mientras al propio tiempo le envia una suma de dinero para sus particulares gastos, que no eran otros que mendigar el amparo de los poderosos. Conquistada ya Granada, podian los Reyes Católicos atender á otros negocios, y en Santa Fé, aquella poblacion alzada á vista de los muros de una ciudad sitiada en brevisimo espacio de tiempo, es en donde obtiene Colon una audiencia, que debe terminar su porvenir, no menos que la eterna gloria de la nacion española. Escúchanle los Reyes con una sorpresa y atencion indefinibles, desarrolla Colon á su vista con elocuentes palabras la importancia y los incalculables resultados del descubrimiento que les ofrece, haciendo esperar á Fernando nuevas conquistas y montones de oro, y piedras preciosas, y á Isabel el bautismo de millares de criaturas sumidas en la ignorancia ó en la idolatría.

La expedicion no tarda en acordarse, y solo uno de sus puntos se discute con mas empeño por parte de Fernando, que no quiere esponer del todo sus riquezas, y por parte de Colon, que quiere fijar espresamente el premio de sus trabajos y desvelos. Conviénese en fin, y se concluye un tratado en 17 de Abril de 1492, por el cual obtenia Colon para él, durante su vida, y luego para todos sus descendientes, el título de almirante y virey de todos los paises que descubriera. Señalóse tambien la parte de ganancia que debia recibir en las expediciones. Faltaba solo armar las naves, que la proteccion de la reina puso pronto á las órdenes del marino, y embarcar la gente precisa para el viaje. No tardaba este en inaugurarse desde el puerto de Palos, el viernes 3 de Agosto de 1492.

Dos caravelas armadas por la reina Isabel, y una que lo habia sido á costa del mismo Colon y de una familia llamada Pinzon, llevando á bordo ciento veinte personas, acometian una empresa desconocida en sus resultados, y tenida por una de las mayores locuras que concebir pudiera el entendimiento humano. La pérdida de la expedicion se tenia por segura, y á duras penas se encontró quien quisiese formar parte

de ella. Y no obstante, despues de una navegacion tan conocida como llena de mil incidentes diversos, en que Colon estuvo á punto de perecer á manos de los marineros, el hombre tenido por visionario, aquel loco que habia recorrido las córtes extranjeras en busca de protectores, y que desde su juventud habia merecido el ridículo dictado de *buscador de mundos*, hallaba un mundo nuevo, y en 12 de Octubre de 1492, clavaba el pendon de los Reyes Católicos en las playas de dilatados y riquisimos paises.

Cuando regresó á España, su marcha al través de la península hasta Barcelona, en donde se hallaban los Reyes Católicos, fué una ovacion completa. Acompañábale varios indios, y traia consigo preciosas muestras de los productos de la fértil tierra que acababa de agregar á la corona de Castilla. Salíanle á recibir las poblaciones enteras, admiradas de tanto portento, y lo que habia sufrido Colon cuando todos le rechazaban y de todos recibia desengaños, pudo darlo entonces por bien empleado; tantas eran las aclamaciones y señales de respeto y afecto que en todas partes recibia. El solemne y magnífico recibimiento que obtuvo de los monarcas españoles, dió á Colon el mejor dia de su vida. Sentado á su lado, en medio de una brillante y numerosa concurrencia, en una de las mas espaciosas playas de Barcelona, reirió el almirante los incidentes de su viaje, descubriendo al embargado ánimo de los reyes, de los magnates y del pueblo, el inmenso porvenir de gloria y de riquezas que habia concedido el Altísimo á la nacion española. Rebosando de admiracion y gratitud al Sér Supremo todos los circunstantes se arrodillaron en accion de gracias, y siguiendo á los reyes profundamente conmovidos, se dirigieron todos en procesion al templo del Señor para darle gracias de nuevo por tan inesperado como faustisimo suceso. Participóse el descubrimiento al Sumo Pontífice, y se logró de él la publicacion de una bula que señalaba los limites de los dominios marítimos de españoles y portugueses, para evitar todo motivo de choque y rivalidad entre ambos pueblos.

Lograda con tanta facilidad semejante conquista, no se descuidaron los Reyes Católicos en organizarla, enviando colonos y misioneros, regularizando las expediciones, señalando los medios de facilitar el comercio y el arraigo de los españoles en cada establecimiento, preveyendo los males que el contacto de los naturales del mundo antiguo podria ejercer en los indios ignorantes y sencillos. Entretanto Colon recibia de los Reyes Católicos las mas deferentes muestras de estimacion y aprecio. El rey salia siempre á paseo á caballo en medio de su hijo y del almirante; se le dieron á éste unas armas en que se veian el leon de Castilla y las barras aragonesas, se le confirió en fin el poder de nombrar los empleados de las colonias, y

trasladar su mando á un lugar-teniente con todas sus prerogativas. Así saboreaba aquel hombre insigne el caro manjar del favor de sus reyes, pero bien pronto la fortuna debía ocultarle sus sonrisas haciéndole palpar uno de los mas tristes desengaños.

(Se continuará.)

FLORENCIO JANER.

MODAS.

La vida del campo tiene tambien sus fiestas y sus solemnidades: hay en ella el bullicio y la algazara, y hasta la coquetería de la vida de los salones, si bien de un género mas natural y expansivo. Las fiestas de la aldea con su gaita y tamboril: las funciones de novillos: el baile improvisado en un jardin, en las eras, ó en la plaza del pueblo, divierten é interesan á la aristocrática madrileña, que participa con gusto entre las provincianas de la danza campestre á la luz de la luna, y bajo los frescos pabellones del follaje. La Moda, ejerce allí tambien su inevitable influjo, porque aunque las elegantes viajeras no la importáran, ella naciera por sí misma, con su caprichosa coquetería, entre las jóvenes del país, pues donde quiera que hay dos mujeres, es indispensable disputarse la palma de la mas hermosa.

La Moda allí, sin embargo, tiene que participar de la sencillez del lugar donde ha de ostentarse. Dejando á un lado el suntuoso equipo, que en sus baulles-mundos ha llevado de la corte, y que necesitan para lucir de la brillante luz de las bujías, viste trajes claros, azules, rosas, ó lilas, que se dejen ver á la deliciosa luz del crepúsculo: sobre todo blancos, color predilecto, simbólico de las vírgenes, las niñas y las hadas.

Los prendidos participan tambien de esta sencillez campestre, y se componen de flores naturales, si bien siempre en armonía con el traje y la persona. Un adorno en que jueguen espigas verdes, sienta muy bien á una rubia: la morena debe preferir las amarillas. Las blancas campanillas ó maravillas azules sientan admirablemente en los cabellos de una joven: la amapola, el geranio encarnado, dan dignidad á un traje blanco que lleva una elevada matrona: una corona de rosas á pocas está mal: la violeta, con sus hojas verdes y hebras doradas, es un adorno especial y de un gusto delicado. La modesta violeta tambien se ha pervertido, desde que la han persuadido de lo mucho que luce en un lujoso prendido.

Estos vestidos, de cuerpo redondo, con cinturón de seda, cuyos cabos flotan á merced del viento, llevan generalmente volantes: en bareses de color liso, el mejor adorno de estos es un biés de tafetan del mismo color, ó de otro que corte agradablemente.

Estos lijeros trajes, ó se llevan á cuerpo, ó con manteletas, lijeras tambien, de tul negro, Chantilly, ú otros puntos, que dejen ver la flexibilidad del talle: no están escluidas las de muselina bordada, género que disfruta mucho favor.

El figurin que con este número repartimos á las señoras suscriptoras que lo son á dos figurines, no carece tampoco de oportunidad para estos soarés campestres.

La figura de señora tiene un vestido de tafetan, color de rosa, de cuadritos negros, con adornos de puntilla de blonda negra.

El cuerpo es escotado, á lo virgen, y termina en el talle por un cinturón estrecho que forma punta por delante. Sobre este cuerpo se coloca un fichú-pelerina de la misma tela, alto, que hace punta por delante, por detrás y un poco en el hombro, y va cerrado por delante con botoncitos de seda negros. El guarnecido de esta especie de berta, es un jareton al biés cortado en ondas, guarnecido de puntilla.

La falda es doble, y la superior va guarnecida de otro jareton de 25 á 50 centímetros de ancho, con igual adorno de puntilla, y que sube por los lados, formando caída, en disminucion hasta la cintura. La manga, que se compone de una corta y dos volantes lleva igual guarnicion.

La figura de la niña, que está sobre el asiento, lleva un paletó de piqué con dos órdenes de botones: pantalón blanco bordado, y sombrero de paja de ala redonda.

El niño lleva chaqueta de poplin azul, sujeta en el cuello con un botón y que queda abierta en figura redonda. La falda, del mismo poplin, va sujeta al talle con una cintura, formando pliegues gruesos. Los adornos son de terciopelo negro.

Recomendamos á aquellas de nuestras suscriptoras que sean laboriosas el pliego de dibujos para bordados, cuyos detalles van á continuacion.

AURORA PEREZ MIRON.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

- Núm. 1. *Mitad de una manteleta-écharpe*, bordado de cordoncillo con azabaches, sobre tafetan. Creemos inútil advertir que la pieza que va separada forma parte de ella: se ha puesto así, porque doblándola se confundia el dibujo.
- Núm. 2. *Esquina de pañuelo*: bordado á plumetis, y feston punto de rosa.
- Núm. 3. *Guarnicion*: bordado á realce.
- Núm. 4. *Manteleta* para niña pequeña: bordado á feston.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.